

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



---¿Qué preferirías para marido tuyo: un espléndido porvenir o un mediano presente?
—Pues, francamente, para marido prefiero un ausente.

Dib REINOSO.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

18.—Comparación «exacta»

Hoz
O
1000 1000
Signo del Zodíaco
Agua
C
Pronombre demostrativo

19.—Pueblo de Aragón

Consonante
Consonante
y Consonante



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

20.—Refrán

Adán Negación Sem
Metal Cam
y Enfermedad
Eva Tratamiento Jafet

21.—Charada

—Traigo la ropa como una sopa.
—Pues vente a *segunda prima tertia*
cuarta y mientras *tercia cuarta tertia prima*
cuarta estás en la *prima segunda cuarta*, en
todo.

22.—Frase hecha

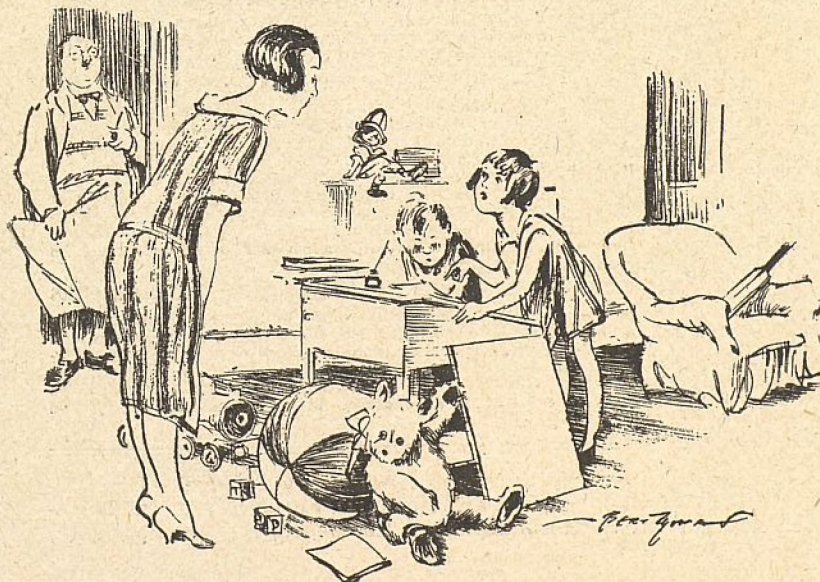
NOTA
A

23.—Charada

—¿Dónde está el amo?
—*Prima cuarta segunda*, junto al *segunda*
cuarta quinta prima quinta tertia quinta pri-
ma casa.
—Me trae *prima tertia quinta* y todo.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar
a toda solución que se
nos remita con destino
a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de agosto



—Mira, mamá, una mosca educada, escribe como Pepito.
De The Humorist.—Londres.

LA PAQUITA

NUEVA FABRICA DE PAPEL CONTINUO
DE
BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELEFONO 23-33 M

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

M A D R I D

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICION, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACEN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medalla de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. De matices perfectamente naturales e inalterables. Píntala negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etcétera), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder re-



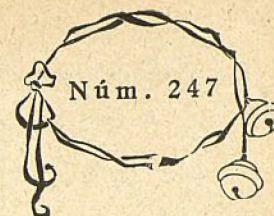
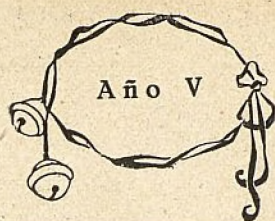
conocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, bultos, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente, rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosa y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reune las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS
A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: En Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92, Teléfono A. 3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, Farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricante: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



ASESINO INDUSTRIAL



música. Serafín Carralero vive matando.

Por diez duros mata a su esposa; por veinticinco pesetas a su hijo mayor y por cantidades menores, desde un duro a una peseta, a su cuñada, a su chico pequeño o a su suegra. A ésta es a la que mata por menos dinero y con más frecuencia.

Claro que por monedas de cuproníquel o sencillamente por calderilla, no llega al asesinato y se conforma con enfermar a sus allegados empezando por el tifus exantemático, siguiendo por la pulmonía doble y cuando necesita dinero con urgencia con la apoplejía fulminante.

—¡Se me va la Pepa!—nos dice de repente a los amigos, contristado.

—¿La criada?

—¡No, mi mujer! ¡La Pepucha, como la llamo yo cariñosamente!

—¡Pero hombre!

—¡Nada, chico, se le ha apoderado la hidropesía y se me va como el agua!

—Pero, ¿no eras viudo?

—Sí, ¿no se te murió tu esposa cuando hicimos aquella suscripción para el entierro?

—¡Fué catalepsia! ¡Hicimos los gastos del entierro y todo y cuando ya la iban a dar tierra se incorporó, pidió de merendar y me la tuve que llevar en el coche del duelo a casa!

—¡Qué atrocidad!

—¡Si pide la merienda un minuto después, se tiene que comer la corona de flores naturales que le habíamos metido en el féretro.

—¡Pues no supimos nada!
—¡Y al chico, cómo le tengo! ¡Si no me dáis para un balón de oxígeno no llega a la noche!

—¡Pero no nos pedistes ayer para comprarle una pelota!

—¡Sí, pero no se la llegamos a comprar porque el médico recetó el balón!

—¡Bueno, hombre, te daremos algo!

—¡Anda, sí, un par de pesetas cada uno!

—¡Gracias, chicos! ¡¡Mira que si se me muere mi mujer ahora y me deja con los tres chicos y mi madre política!!

—¿Pero, tu suegra, no nos dijiste que se había dormido en el Señor el mes pasado?

—No, hombre. Os dije que se había dormido en un señor en el trayecto

Sol-Pozas, porque padecía la enfermedad del sueño, pero afortunadamente está mejor.

—¡Carralero, que hace dos semanas que nos dijiste que te habías quedado solo en el mundo!

—¡Quise decir para ganarlo!

—¡A mí no me engañas más con tus desgracias de familia!

—¡Si es que como me ocurren tantas calamidades os hacéis un lío con las defunciones!

—¡Pero, Serafín, si a tu cuñada, que en paz descansa, la he visto ayer con uno!

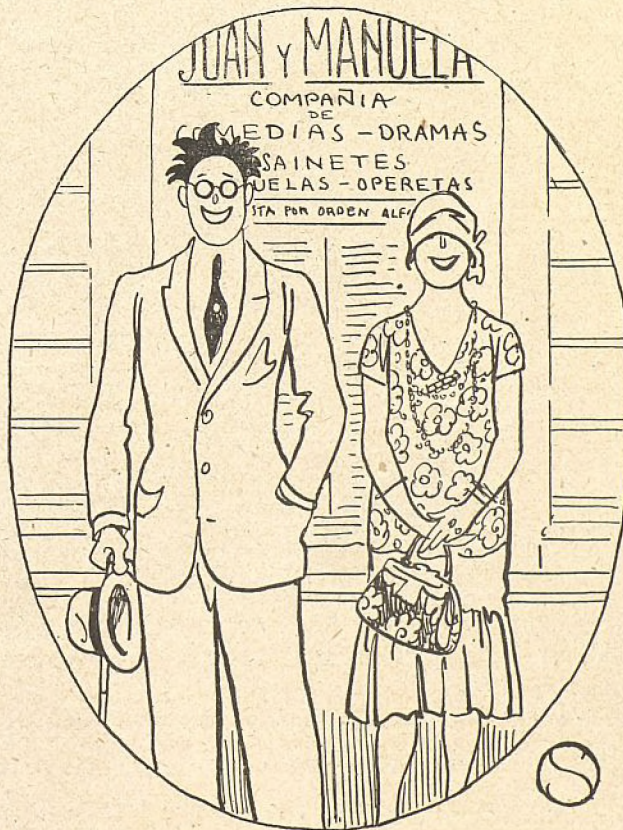
—¡Pero está más muerta que viva, no creas!

Total, que tanto abusó Serafín Carralero de las defunciones y las enfermedades en su familia, que acabaron por no creerle nadie, y descubierta su macabra farsa, todo el mundo se indignó con él y nadie le volvió a dar un céntimo.

Pero he aquí que la Parca, con la cual tanto había jugado nuestro amigo, llegó en serio a casa del sablista dramático e hizo una víctima efectiva en la esposa del que entonces ya no era el viudo fingido. Y Carralero recurrió a los amigos, les contó su desgracia con pena cierta, con dolor de su miseria trágica y no le creyeron.

Les pidió que fueran a su casa a comprobar su aserto y éstos fueron. La media puerta cerrada les produjo risa, la mujer rígida en el lecho les incitó a la broma y cuando se marcharon creyendo falso todo el aparato de la muerte, las lágrimas del farsante caían sobre el cadáver de su esposa, mientras en la puerta cantaban los incrédulos:

—¡Asesino, asesino!
con la conocida música del cuplé. ANTONIO PLAÑOL



Dib. SILENO.—Madrid.

LOS DEFECTOS DE LA HUMANIDAD

LA MENTIRA

Yo no sé si alguno de mis lectores será embustero de nacimiento, aunque es probable que entre los millones de seres vivos que me leen (y que si me siguen leyendo, no respondiendo de que continúen tan vivos como hasta aquí), haya unos cuantos que tengan ese feísimo vicio; pero si así es, perdónenme esos cuantos que diga en estas columnas que detesto a los embusteros con toda la energía indómita de mi corazón enrojecido, que odio a la mentira con un vigor de mozo de cuerda en el apogeo de su gloria, y que me avergüenzan mis compatriotas que se dedican a la confección de *bolas*, con la única excepción de los buñoleros, que las hacen por la fuerza del sino y por quince céntimos la media docena. Yo, no obstante, ni esas *bolas* sería capaz de elaborar, aunque el Hado cruel y visigótico me haya colocado en el trance de tener a diario que hacer churros, tan magníficos como este mismo que ustedes están empezando a tener la bondad de leer ahora...

Quedamos, pues, en este momento (doce y cuarto de la noche del martes, día de San Hipogesto, confesor y mártir, y de Santa Cortina, virgen y taquígrafa), que uno de los más vergonzosos azotes de la Humanidad, incluyendo el azote del pollo pera a la tanguista libre de quintas, es la Mentira. Nada tan idiota, nada tan inútil, nada tan improductivo, nada tan dañino para el estómago existe en el Universo, como soltar una trola. El embustero es el ser que pierde el tiempo más lastimosamente, aparte de hacerse cisco la masa encefálica con la maquinación de las tonterías que larga a los amigos. El gachó que miente, gasta más fósforo que Lope de Vega, dilapida más fantasía que Alejandro Dumas y derrocha más valor que el Cid, Napoleón y *El Caballero Audaz* juntos, que es el trío terrorífico más atroz que se me ocurre, ya que es proverbial el valor del Cid para lidiar con quince, el de Napoleón, para luchar

contra todos los ingleses del mundo (cosa que yo espero imitarle en breve) y, sobre todo, el valor de *El Caballero Audaz* para escribir esas novelas que escribe, y que yo cometo una injusticia criticándolas, porque no las he leído.

Yo, señores, que tengo por Andalucía un amor que me llevaría hasta dejarme raptar por una granadina; yo que soy el único que paso por el duro sevillano y paso por el sombrero cordobés y paso por la pasa de Málaga; yo que soy capaz de declarar que las bocas de la Isla son todas elocuentes; que la verdadera cara de Dios está en Jaén y la legítima cruz en Espeluy, es decir que Andalucía tiene cara y cruz; pues yo, que me atrevo a todo eso, no puedo tolerar al andaluz embustero. Eso de que un señor de Puente Genil me asegure por la gloria de su anonadada madre, que por la noche oye perfectamente las pisadas de los mosquitos, o que un abogado de Dos Hermanas me quiere convencer de que entre varios amigos pescaron una ballena en el Guadalquivir, no puedo sencillamente tolerarlo. Yo soy un hombre serio, aunque mi sastre no lo crea, y la mentira me crispa y me enferece. Mi natural evangélico se subleva ante la emisión de un infundio; y yo, que de bondadoso que soy hubiera sido un magnífico cura de aldea, salto como un acróbata cumplidor de su deber, cuando se me quiere hacer tragar un pequete. Seglar como soy, la mentira me saca de mis casillas; y si hubiera sido sacerdote me sacaría de mis cassallas... No puedo con ella, en una palabra.

Pruebas de lo que digo, las tienen ustedes en mis constantes excitaciones a los Gobiernos para que de una vez eviten que el reloj de Gobernación suelte una *bola* todos los días a las doce; en mi bronca, seguida de juicio de faltas, con un cobrador del tranvía del Pacífico que me quería hacer creer que tardaba el coche doce

minutos en llegar al Noviciado, al cual increpé diciéndole que la misión de los cobradores era colocar troles y no largar trolas; y, finalmente, en mi ruptura con una novia burgalesa que me juró que yo era el primer hombre a quien había amado, y luego me salió con un hijo que tenía un bar en Cercedilla hacía veinte años y una barba blanca que llegaba desde Cercedilla a Madrid, bar y barba que acabaron con nuestras relaciones.

¿Están ustedes ya convencidos de que yo concedo a la mentira toda la mortal transcendencia que tiene para la buena marcha de los asuntos de la sociedad? ¿Se han empapado ustedes hasta la camiseta, de que se hace necesaria una violenta cruzada contra el embustero vil? ¿Estamos conformes en que, pueblo que miente, es pueblo que va a la ruina?... ¡Pues bien: guerra al trolero! ¡Odio eterno al infundioso! ¡Muera el *canard*! ¡Anatema a la grilla! ¡Abajo la mixtificación! ¡Maldito sea el queso, si tiene la avilantez de ser de *bola*!...

Ahora bien, denunciar un vicio social y no señalar el remedio, es tan infame como aconsejar que se frecuenten los kioscos de necesidad y no dar noticias de dónde se vende el papel de Armenia. Así que yo, el enemigo representativo de la Mentira, voy a indicar sucintamente los medios de prevenirla y los procedimientos inquisitoriales para castigarla.

Oído, señores...

La primera vez que yo estuve en Pekín, vi una cosa que me conmovió hondamente. Engañar a un chino, es facilísimo, como ustedes saben, y el Gobierno del Celeste Imperio estaba decidido a evitar esa vergüenza. ¿A que no aciertan ustedes cómo la evitó? Pues sencillamente; dictando una disposición para que los chinos no creyeran nada de lo que se les dijese. Hubo, como es lógico, un pequeño lío, porque en virtud de la orden gubernamental, todas las conversaciones resultaban inútiles, porque nadie creía

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en México, don Nicolás Rueda

:-: :-: :-: :-: Calle 2.^a Victoria, núm. 33, Librería :-: :-: :-: :-:

una palabra de lo que le contaba el otro, pero al fin triunfaron los chinos formales y fidedignos, y los chinos embusteros tuvieron que emigrar a Europa. Esta es la explicación de esa abundancia de vendedores de collares que hemos padecido en España: son los chinos embusteros expulsados, que aquí siguen mintiendo como fieras, como lo demuestra el que los collares que expenden, aseguran que están fabricados en Tien-Tsin, cuando la verdad es que se los vende una casa de Badalona en estupidas condiciones. Esto me lo ha dicho a mí Cambó, que es incapaz de decir una mentira cuando no le tiene cuenta decirla.

Otra forma de castigar al embustero, es la que yo empleé con un deportista que iba al mismo café que yo. El hombre ignoraba que yo, por cuestión de faldas, había estado a punto de dar una bofetada a Uzcúndun, y que no se la di porque él fué prudente y me dió explicaciones. Pues bien, el deportista hubo de asegurar, en ausencia mía, que me había amenazado con etizarme, en una discusión de fútbol. ¡Ya pueden ustedes calcular la rechifla que se ganó!

¿Que tú has amenazado a ese, que ha estado a punto de arrearle a Paulino? ...¡Ja, ja, ja!...

Y el deportista no ha vuelto a mentir más.

No hablo de mi venganza con un pobre literato que, sosteniendo que él pagaba cédula de diez duros, vió con espanto que yo, aprovechando el día que fuí a sacar la mía (que por cierto me cuesta mil cuatrocientas pesetas, después de habérmela rebajado por una reclamación), pude averiguar que él había abonado sólo veinticinco reales por el documento. Le avergoncé delante de todos los amigos, diciéndole sencillamente: —¿A qué viene esa tontería? ¡Ojalá pudiera yo pagar nada más que esa minucia!...

En fin, vayan para final las pruebas de mi odio a la Mentira:

Yo he roto un retrato que me dedicó Lenin (q. e. p. d.), únicamente porque el portero dudó de su autenticidad.

Y yo he dado calabazas a *Chelito* (así como suena), por decirme que tenía cuarenta y seis años.

¡Y tomaduras de pelo, de ninguna manera!

ERNESTO POLO



Dib. SAMA. — Madrid.

EN LONDON SUR TAMESIS

—Pues sí, mis Robson, mi difunto era un hombre que valía por dos.

—¿Era acaso algún Lord?

—No. Era un Par.

TURISMO IDEAL

¡DE VERANO!...

Viajo... y ¡en tren expreso! ¡El colmo! Un hombre que viaja en tren expreso es dueño por breves instantes de la existencia toda. Se arrellana en los asientos mullidos, se repantiga como nuevo rico y contempla por la ventanilla el paso del paisaje, en la actitud, física y mental, de un emperador de Ambos Mundos, que dijera a la existencia: "¡A ver!... Que vaya desfilando el universo ante mis ojos para yo pasarle revista!"...

La realidad, sin embargo, es otra: el paisaje no pasa, en rigor; somos nosotros los que pasamos con rumbo "al siniestro ferroviario". Pero no nos damos cuenta. "¡Todo va bien!" —decimos, con optimismo de emperador de Ambos Mundos.

Nos damos cuenta, en cambio, de que los asientos del coche de primera calientan que es un horror. Inconvenientes del lujo.

Parece natural que los coches de clase alta, puesto que son de precio también alto, ofrecieran al potentado que paga, asientos de rejilla y no de parrilla.

Sin embargo los almohadones bien mullidos y la buena guarnición de buen paño dan sensación de opulencia confortable, y al hombre le es grato siempre nadar en la abundancia, aunque la abundancia sea sudorífica.

Pero ¡qué importa todo eso al fin y al cabo! El sudor cae mientras que el ideal permanece y habla cadenciosamente a nuestra alusión de poetas con verso de Campoamor...

¡El tren expreso!... Mientras haya trenes habrá poesía, y *El tren expreso*, de Campoamor será la quintaesencia, la cúspide, la crema de la poesía ferroviaria. En ella está "condensada" la ilusión más íntima y real de la humanidad poética. Un pequeño análisis nos convencería de que *El tren expreso* campoamorino ofrece a los viajeros el recorrido que más apetecen.

No se figuren ustedes que el tren sudorífico tiene tantos viajeros por romanticismo; no; ni por asomo...

El romanticismo es el charol que

barniza el coche; por dentro va una procesión en la que figuran el túnel, la ocasión, la dama y el caballero que se come la dama.

Fíjense los lectores que el tren es expreso. Para el hecho de un encuentro amoroso y melancólico, estaría más indicado un tren mixto; no sólo por lo inflamable, sino también por lo lento; ofrecería al amor esa ilusión de eternidad de que no pasa el tiempo, y de que aquello va a durar toda la vida, que es, precisamente la sensación que da siempre el amor a los enamorados. Pero no: el tren ha de ser expreso para que la aventura sobrevenga forzosamente en un vagón de primera. El lector de todas esas poesías romántico-amorosas no lee a humo de pajas; lee para ponerse en el caso de los protagonistas; lee para darse el gustazo de un amor a la medida; y puesto, pues, en plan de amor y de viaje, prefiere que el vagón sea de primera y la señora de *sleping*. Un amor en esas condiciones da siempre una sensación de holgura económica, de no tener que reparar en gastos, que entusiasmo a cualquiera tanto o más que el amor mismo.

Si hiciéramos una encuesta, encuesta, inquisición, investigación o recuento de las impresiones recónditas que suscita en el ánimo de las diversas criaturas ese tema poético, ya tradicional, ya estatuida, que podríamos llamar *El tren que pasa*, veríamos como siempre es expreso el tren que pasa; y descubriríamos al punto que lo es porque solamente el expreso contiene los cuatro o cinco o seis elementos necesarios para la ilusión completa: lujo, restaurant, velocidad, iluminación de salón cortesano y viajeros —o viajeras— que visten bien que se cuidan bien, y, sobre todo, que siendo trashumantes, han podido, a fuerza de viajar y alternar en los hoteles con gentes de toda condición, perder un poco "los prejuicios" y encontrarse, por tanto, propicias a emparejar, de paso y al descuido, por jugar a los trenes, con el primer desconocido que aparezca.

Eso es el ideal. Y ese ideal es el que nosotros, al arrancar el tren, vamos "acariciando" (entrenamiento), hasta que llegue, si es que llega, no diremos la escena del sofá, pero sí la del vagón con suplemento de butaca.

En el fondo de no pocas poesías de ojos en blanco y de suspiros, se guarece un ferviente deseo de pasarlo en este valle lacrimoso, lo mejor y lo más irresponsablemente que se pueda. Y esto del tren ofrece las más apetecibles contingencias de "ganga".

Los pasajeros acometen una aventura también pasajera. Se ofrecen mutuamente sus sonrisas; se detienen si ha lugar, en cualquier lugar del tránsito y luego, cuando aquello puede ya ponerse serio, "Señores viajeros, ¡al tren!"... El tren no espera: es necesario marchar; ya te escribiré y... el tren que pasa, y el amor que pasa, y el... "aquí no ha pasado nada"... Así da gusto...

El que más y el que menos está deseando encontrarse en uno de estos viajes de turistas, más que circulares hiperbólicos, donde va "todo comprendido" en el billete.

Añádase a todo esto que los poetas que viajamos en expreso viajamos casi siempre con billete de prensa; no podríamos de lo contrario permitarnos el lujo de un primera. Resulta, pues, que el tren expreso nos ofrece una de las pocas ocasiones que se le pueden ofrecer a los poetas pelagatos de "alternar" con señoras de alcurnia. La ocasión, pues, no puede ser más calva.

Por eso, yo, para este viaje de ahora, me he comprado unos guantes de punto canela y me he proporcionado una actitud de indolencia elegante... ¡A ver qué pasa!...

MANUEL ABRIL



COSAS DE MI VIDA

TERRIBLE VIAJE HECHO A LO LARGO DE UN TUNEL

Nota previa: Entrar en un túnel es más serio que entrar en la Judicatura.

LA EXPERIENCIA.

La expedición se detuvo a la boca del túnel en medio de un entusiasmo muy parecido al que suscita entre los habitantes de la Melanesia la deglución de un joven robusto y deportivo.

En realidad no éramos más que tres los héroes que pensábamos aventurarnos por el túnel, atravesarlo en toda su longitud y surgir al otro lado de la montaña, triunfantes, animosos, optimistas, alegres y felices, como si hubiésemos tomado el "Compuesto vegetal de Lydia Pickmann". Y si nos habíamos decidido a lanzar cuesta abajo la idea de que pretendíamos pasar el túnel, era porque, verdaderamente, nunca habíamos pasado ninguno.

La idea fué acogida con un calor casi asfixiante por toda la colonia, siempre bulliciosa y perfumada. Y los veraneantes en masa nos acompañaron en medio de vítores estruendosos. Se nos llamó valientes, se nos llamó audaces y se nos llamó la atención acerca de la longitud del túnel, que media tres kilómetros y medio. Pero nosotros nos encogimos de hombros como si nos estuviesen pequeñas las americanas.

—Piense usted—me dijo llamándome aparte un veraneante, gran matemático y calculador y autor de un folleto titulado "Número exacto de alpargatas que se consume en el pueblo de Cercedilla durante los meses de julio y agosto"—piense usted, amigo mío, que tres kilómetros y medio son tres mil quinientos metros.

—Sí, señor.

—Y treinta y cinco mil decímetros.

—Exactamente.

—¡Y trescientos cincuenta mil centímetros!

—Sin duda.

—¡¡Y tres millones quinientos mil milímetros!!

—Eso creo—repuse yo al fin, con una frialdad tan refrescante como espartana.

—¿Y no le asusta la idea de recorrer esa distancia en la obscuridad?

—No, señor. Estoy acostumbrado a andar sin luz por el pasillo de mi casa.

Ante esta importante declaración, el matemático se quedó parado, no obstante lo cual, continuó andando hacia la boca del túnel.

Llegamos todos por fin. Eran las seis de la tarde; el matemático hizo unos rápidos cálculos y de ellos resultó la conclusión de que, si no encontrábamos en nuestro camino ningún dragón de los "Nibelungos", deberíamos salir por la otra boca del túnel a las ocho y cuarto.

Yo estaba solo en el mundo y nadie me dijo nada en los últimos terribles momentos, pero mis compañeros fueron intensamente besuqueados por las mujeres de su familia, y cuando se separaron de ellas, que lloraban de emoción, tenían los rostros más mojados que las costas de Breña.

Se nos hicieron las últimas recomendaciones:

—¡No os arriméis mucho a las paredes!

—¡Metéos en los "refugios" si pasa algún tren!

—¡No perdáis el reloj!

—¡Cuidado con ponerse a jugar al mus dentro del túnel!

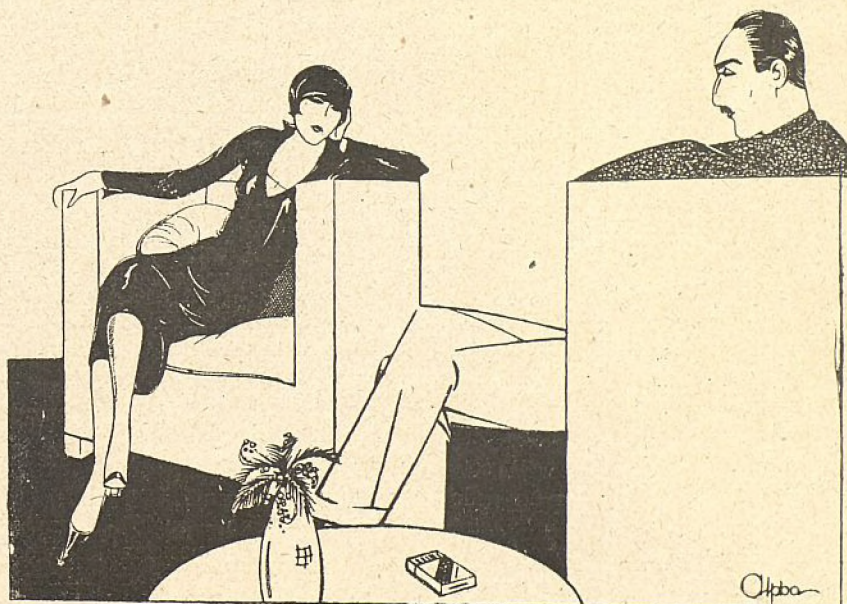
Etcétera, etcétera.

Por fin se dió la señal de partida, que era un tiro al aire. El matemático armó su *browning*, se tapó el oído izquierdo y volviendo la cabeza para otro lado apretó el gatillo. La bala fué a introducirse en el organismo de una gallina, que picoteaba en un montón de piedras. Hubo una salva de aplausos y mis compañeros y yo nos hundimos en el interior del túnel.

A los veinte metros el subterráneo hacía una curva y perdimos de vista el grupo de nuestro séquito.

El primer cuarto de hora se deslizó con facilidad. Yo caminaba en medio; Tibureio Goma, a la cabeza, y Estanislao Peliche, a retaguardia. De vez en cuando taceábamos la pared húmeda del túnel para convencernos de que íbamos siempre por el buen camino.

De pronto, a mis espaldas, sonó la



Dib. ALPHA.—Madrid.

La viuda.—Para todo el mundo era bueno, pero a mí me adoraba. En fin, un marido como no lo volveré a tener.

voz de Estanislao, que decía con una entonación extraña:

—¡Mi abuela!

Nos volvimos.

—¿Qué ocurre?

—¡Mi abuela, la de Segovia!—repitió Estanislao confirmando en su exclamación y ampliándola geográficamente.

—¿Qué ha sido?

—Me acaban de dar un golpe en un hombro.

Nos quedamos de cerámica.

—¿Un golpe? ¿Estás seguro?

La oscuridad a nuestro alrededor era profunda, como los sótanos de "Madrid-París". Hacía frío y el silencio era tan enorme que en nuestros oídos sonaban multitud de ruidos incomprensibles.

Después de un segundo de vacilación avancé hacia Estanislao y antes de llegar a él sentí yo también un golpe en el hombro. Pude pensar que me había pegado con las palomillas que sostienen los alambres del disco, pero no lo pensé. Por el contrario, murmuré sin voz y con una tartamudez inexplicable:

—¡También a mí... me han... me han dado en un hom...!

—¿En un hom?

—¡En un hombro!

Y eché a correr túnel adelante con una velocidad de quince millas por hora. Estanislao y Tiburcio me siguieron, aunque no podían darme alcance; para ello habrían tenido que disponer de un "Hispano-Suiza".

Por fin me detuve jadeante y mis compañeros se dieron un trastazo contrario. Permanecimos inmóviles y en silencio.

—Bueno, amigos míos —les dije—. Hay que deliberar.

—¡Sí, sí! Hay que deliberar—me contestaron con rara unanimidad.

Nos sentamos en el suelo, apoyados en la pared de la derecha y pretendimos encender unos cigarrillos; pero las corrientes de aire eran tan fuertes que se nos apagaron sucesivamente cuarenta y ocho cerillas. Con la última, logré quemarme un dedo: esto fué todo.

Sentíamos una extraña opresión en el pecho; parecía que de allí a doce segundos nos iban a quitar el aire como si fuese una cartera con billetes.

Tiburcio resumió las sensaciones de todos con unas palabras que nos ocuparon bastante:

—Yo no puedo casi respirar. ¡Si será que habrán ocurrido algunos desprendimientos de tierras y estarán cegadas las bocas del túnel?

Nos recorrió el cuerpo un escalofrío.

—¡Oye, podías hablar del descubrimiento de América!—exclamó Estanislao rudamente.

Yo inicié una sonrisa para que mis compañeros vieran que me conservaba tranquilo, pero ellos no apreciaron el gesto en la negrura absoluta que nos rodeaba, y en vista de ello no tuve inconveniente en morderme una mano en señal de preocupación.

Pero no hubo tiempo de más; de improviso tuve la sensación de que la pared del túnel se nos venía encima.

Confesé mi sospecha y mis compañeros estuvieron de acuerdo en que la pared se derrumbaba rápidamente. Esperamos un rato abrazados y después nos despedimos con tristesísimas frases, pero la pared no acababa de derrumbarse.

—Tal vez nos dé tiempo a salir del túnel—observó Estanislao.

—Sí, ¡en marcha!—exclamé yo como los protagonistas de las novelas de Emilio Salgari.

Continuamos la excursión velozmente, sin abandonar la línea recta; mas era una línea recta tan excepcional que a los once pasos tropecé con mi costado derecho en una pared del túnel, once pasos más allá me di en el costado izquierdo con la pared de enfrente, en los once pasos sucesivos volví a tropezar con la pared diestra y en los once pasos siguientes con la pared siniestra. A mis compañeros debía sucederles lo propio y nuestra marcha estaba llena de interjecciones muy viles y tabernavías. Los espíritus maléficos que, sin duda, habitaban el túnel, debieron creer que mis amigos y yo éramos unos excelentes consumidores del Coñac Fundador.

Más tarde nuestros choques variaron algo, puesto que—inesperadamente—nos dimos de narices con otra pared.

—¡Diablo!—gruñí.

—¡Maldición!—rugió Tiburcio—. ¡Era cierta mi suposición! Han ocurrido desprendimientos de tierras y acabamos de tropezar con la boca del túnel, que está cegada...

Hubo un silencio que nos produjo hiperclorhidria.

—¡Retrocedamos!—grité con valentía normanda.

—Sí. Retrocedamos.

Dimos media vuelta, como hacen sistemáticamente las taquilleras del "Real Cinema", y apenas anduvimos cinco metros. Al final de ellos tropezamos en una nueva pared.

Hubo otro silencio.

—¡Es inexplicable!—murmuró Estanislao.

—Será la otra boca cegada del túnel—explicó Tiburcio.

—Pero, entonces—deduje—el túnel ha menguado.

—Sí. Se ha encogido—afirmó Peluche.

—¿Qué hacer?

—Yo creo que debemos hacer testamento.

Iba a replicar algo cuando se oyó un rumor creciente. Era la montaña que se nos venía encima. Nos abrazamos de nuevo.

—¡Morimos! ¡Morimos!—susurró Estanislao—. Toma—agregó tristemente dándome en la oscuridad un objeto en el que adiviné una cartera repleta de papeles—por si sobrevives para que se lo entregues a mi excelente madre. Ahí va toda mi fortuna y algunos clichés "Kodak".

Tiburcio también fué a entregarme unos documentos.

—Bueno—les dije—, ¿y si los que sobrevivís sois vosotros?

—¡Caray, es verdad!

Y ambos volvieron a guardarse sus carteras.

El espantoso ruido aumentó gradualmente.

De súbito, aparecieron unas luces de colores.

—¡Un tren! ¡Un tren!

Nos apretujamos uno contra otro. El ruido era horroroso, parecido al que emite el público cuando alguna comedia no le parece bien. La tromba negra pasó envuelta en un abrigo de entretiempo de humo densísimo.

Yo—e igual debió suceder a mis compañeros—me sentí cogido y transportado.

Merced a la circunstancia de que la Compañía del Norte tenga poca prisa en arreglar los desperfectos de sus vagones, Tiburcio, Estanislao y yo llegamos a Madrid disfrazados de negros del Senegal, a causa del humo, y suspendidos de unos magníficos ganchos que sobresalían del estribo de un coche de tercera.

Pero fué un viaje feliz.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

La Tabada (Guadarrama.)



MAS SOBRE EL COLOR DEL CRISTAL.

—¿Te gusta el vestido que llevé anoche al Kursaal?

—Oh, muy poca tela; no sé como tienes valor para ir tan ligera de ropa...

Dib. PERALS.—Castellón

NO SALGO; NO, SEÑOR

¡Pobres de los que no salimos de Madrid en verano! Hemos de confesarlo, avergonzados. Y, para mayor desdicha, nos vemos obligados a repetirlo mil veces cada día.

—¿Usted no piensa salir? —nos pregunta el jefe de la oficina donde prestamos nuestros servicios.

—¿No sales? —inquieren los amigos que nos visitan.

¡Hasta el sereno!

—El señorito hace bien en no salir. Porque el señorito no sale, ¿verdad?

—No, Abelardo, no salgo. No sé si hago bien o mal, pero no salgo.

Es triste, muy triste escuchar todos los días durante dos meses la misma cantilena.

Hasta que llegan los últimos días de junio todo va bien.

—Aún es pronto —nos dicen los amigos—. En julio, sí, ya es otra cosa. No se puede "parar" en Madrid. ¡Ese maldito asfalto!... ¿Tú no has pisado en agosto el asfalto a las dos de la tarde?

—No, la verdad, no se me había ocurrido. Pero lo pisaré.

—¡De ninguna manera! Vete a la Sierra, a Cercedilla, o a San Rafael... Allí es otra cosa.

—¡Claro, no hay asfalto!

Mediado el mes de julio los que nos encuentran nos preguntan invariablemente:

—¿Has llevado ya la familia de veraneo?

—No —contestamos con algún rubor.

—¡Pero, hombre! ¡A estas altu-

ras!... Yo la he llevado ya. Están en Los Molinos. Me he retrasado un poco, porque tenía que hacer unos encargos. Me voy mañana.

Todos nuestros amigos se van "mañana". Sentimos un gran dolor y repetimos la consabida frase:

—No salgo; no, señor.

Ya en agosto tropezamos con un amigo, que nos dice:

—¡Caramba! ¿No sales este verano?

—No; no puedo. ¿Y tú? —nos atrevemos a preguntar tímidamente.

—El niño, chico...

—¿El chico pequeño?

—No; el mayor. Digo que el niño, chico, nos ha fastidiado. Mejor dicho, me ha fastidiado. Mi mujer se ha quedado en la Sierra.

—¿Está bien?

—Todos buenos. Servandito ha sido, como te he dicho, el que me ha hecho venir, porque se le descompuso "la tripita" al día siguiente de llegar yo...

—Se asustaría.

—No sé. Pero como no creo en los médicos de pueblo, a Madrid me he venido con él. Ya está mejor.

—Tal vez el agua...

—No tiene importancia. Pasado mañana nos marcharemos, si no hay novedad.

Todos los amigos que regresaron "para hacer unas compras", "a echar un vistazo" o "por la tripita del niño" se van pasado mañana.

Y llega, al fin, el mes de septiembre —¡al fin! —y encontramos a los amigos que regresaron, por casualidad, "el día anterior".

—¿No has veraneado?

—¿No has salido este año?

—¿Por qué no te has ido al campo?

—No..., no he podido..., no me ha sido posible...

—Habrás pasado mucho calor.

—Regular. He veraneado en la Moncloa. Me he levantado a las cinco de la mañana... Se estaba bien.

—¡Bah! ¡Como la Sierra, nada! ¡Qué delicia! Has hecho mal en no salir. Otro año, ya sabes...

¡Otro año! Con seguridad diremos lo mismo que éste:

—No salgo; no, señor.

Y es que no sabemos mentir.

PABLO TORREMOCHA

Madrid. Puerta de Hierro.

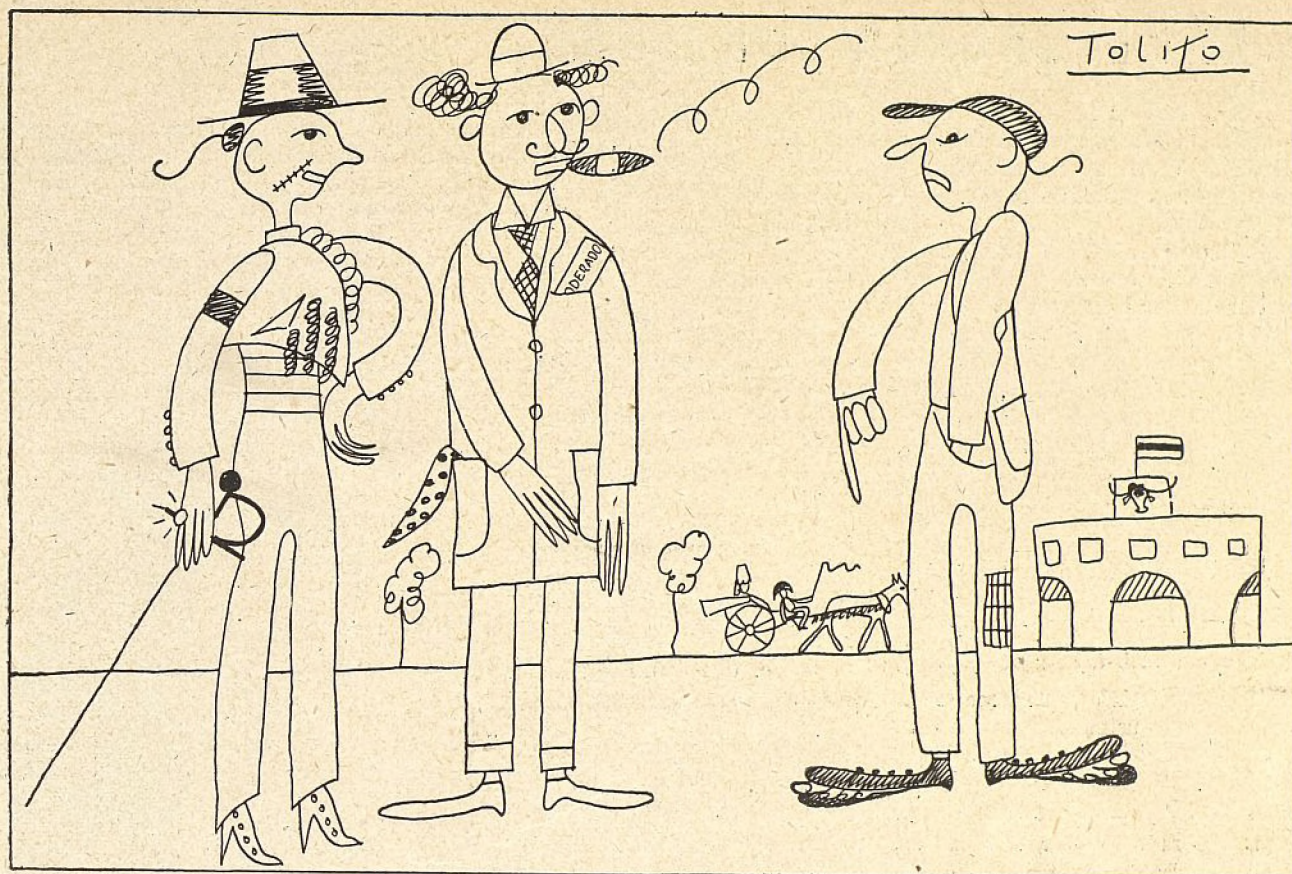


Dib. ALFARAZ. —Campamento.

—En este famoso castillo traicionó a su marido la mujer del primer sabio de Grecia.

—¿Y se enteró él?

—No. El no sabía nada.



El paquiro.—¿Y tú qué esperas para torear en Madrid?
El maleta.—A que me echen palhas.

Dib. TOLITO.—San Rafael.

LO MAS ACERTADO

“Mi querida amiga doña Salomé:
En amable carta me pregunta usted si las trapatiestas que hay en Portugal y que, por lo visto, la parecen mal, pueden hoy ser causa de la suspensión o el aplazamiento de su expedición. No sé si es Lisboa, no sé si es Castello, no sé si es Oporto, no sé si es Camello, no sé si es Figueira, no sé si es Espinho el lugar adonde va usted con cariño y en la misma fecha todos los veranos... algo enamorado de los lusitanos. Pero como entre ellos no hay hora segura por no sé qué cosas de la Dictadura, tiene usted jindama, ¿no la ha de tener? ¡Claro! Y me consulta lo que debe hacer. ¿Me da usted palabra, mi querida amiga, de hacer solamente lo que yo la diga? Bueno, pues, huyendo de los desatinos, hay que elegir uno de estos dos caminos: o no gastar perras o en aquellas zonas de los Costas (Gomes), y de los Carmonas (porque me parece que es mejor que vaya,

cómo hacemos todos, a cualquiera playa de las agradables costas españolas a luchar, valiente, con las verdes olas), o, ya que desiste de ir allá este año por si alguna bomba puede hacerla daño y está usted sin ganas de ir a Zaráúz o a Valdetomates o a San Juan de Luz, o a Portugaleta, o a San Sebastián, o a la Pórqueriza, donde muchos van, no sea usted tonta, muestre su talento, tenga usted un rasgo de desprendimiento, y lo que se había de gastar allí, ¡sin, reparo alguno démelos usted a mí! Pero no de guagua, pues tendré redaños para darla gratis diez o doce baños, que, aunque eche de menos los de Portugal, indudablemente no la vendrán mal. ¿Qué de los dos planes que la he señalado cuál es más prudente y es más acertado? Creo, amiga mía, que el segundo plan.

Conque... usted disponga de su amigo,

Juan PÉREZ ZUNIGA

EXPLICACION OBLIGADA

Señor y vecino: No tengo el honor de conocer a usted, pero sí tengo la dicha inefable de aborrecerle con todos mis cinco sentidos. Me explicaré...

Usted posee un automóvil, ¿no es cierto? Un automóvil sencillito, fragilito, baratito, negro como una caja de betún y quizá de hojalata como ella. Yo no le discuto el derecho que las leyes le otorgan para poseer un automóvil de esa sencillez, de esa fragilidad y de esa baratura. Usted es muy dueño de adquirir los objetos que más le gusten.

Pero es el caso, señor, que su automóvil, aunque autorizado por la ley, constituye una grave molestia para mí, y yo no sé hasta qué punto puede la ley hacer compatibles la comodidad que a usted proporciona su automóvil con la molestia que a mí me causa. No basta que usted pague una contribución o un impuesto por tener automóvil. El legislador, al exigirle ese impuesto o esa contribución, no le autoriza para atropellar a nadie con su automóvil; y un atropello, señor, es el que a diario está usted cometiendo conmigo. Un atropello moral; pero un atropello al fin.

Su automóvil, como todos los automóviles sencillitos, fragilitos y baratitos, es terriblemente ruidoso, escandalosamente ruidoso, apocalípticamente ruidoso. Y, además, exhala una humareda pestilente y mortífera que, en modo alguno, pueden autorizar las ordenanzas municipales. Ahora bien, todo esto me tendría perfectamente sin cuidado si usted y yo viviéramos en casas distintas; pero, viviendo en la misma casa, me afecta de un modo tan directo y personal, que considero absolutamente legítimo el odio que siento hacia usted, a pesar de no tener el honor de conocerle.

Porque es el caso, señor, que su automóvil se sitúa dos veces, por lo menos cada día, a la puerta de nuestra casa, con el laudable objeto de esperar a que usted baje a ocuparlo. Y como el piso de usted está alto y no es fácil que hasta él lleguen distinta y claramente los ruidos de todos los

automóviles que pasan por la calle, el chófer, para anunciarle su presencia, hace prorrumpir a la bocina de su automóvil en unos alaridos espantosos, al mismo tiempo que suelta todos los humos que es capaz de emitir la gasolina, convencido plenamente de que o los ruidos o los humos han de llegar hasta sus balcones, notificándole que está aguardándole con una impaciencia desesperada. Pero da la casualidad de que, como yo vivo en un piso más bajo, los humos y los ruidos pasan antes por mi piso que por el de usted, para despertarme, si estoy dormido; para distraerme, si estoy trabajando; para molestarme, de día; para desvelarme, de noche, y para malhumorarme, sea la hora que sea. Y nunca mejor empleada la palabra malhumor que tratándose de su automóvil.

¿No podría usted, señor, substituir este vehículo por un cochecito de caballos? ¡Lo que se lo agradeceríamos todos los vecinos! Comprenda usted que no es suya toda la calle para que la llene de pestilencias y de fragores; que no vive usted solo en la casa, sino que en ella residen otros ciudadanos a quienes usted, por el hecho de haberse gastado unos miles de pesetas en adquirir ese automóvil tan sencillito, tan fragilito, tan baratito, tan ruidosito y tan fetidito, no tiene facultades para ensordecen y ahumar cuando se le antoje. Nadie le niega, señor, su derecho a tener automóvil, aun cuando esto va estando un poco desacreditado. Lo que le discuto es el derecho a poseer ese cacharrito que no deja trabajar, ni dormir, ni entenderse a los vecinos de la casa donde usted y yo habitamos. Comprenda, señor, que esto es un poco abusivo. El Estatuto Municipal lo desautoriza, el sentido común lo rechaza y la higiene lo prohíbe.

Y ya está explicado, señor y vecino, por qué sin tener el honor de conocer a usted personalmente, tengo la dicha inefable de aborrecerle con todos mis cinco sentidos.

JOSE LUIS MENENDEZ



D.B. BALDRICH. —Madrid.

—Yo me casaría con Lulú; pero temo que engañe.
—Tal vez no; ya sabes que las mujeres tienen sus rarezas.

UN PREMIO MUY MERECIDO

I

El fantasma enfermaba de melancolía en aquellas soledades monótonas y angustiosas en las que un labrador sembró el silencio a la luz de la luna.

La inactividad tediosa a la que forzosamente estaba sometido, le hizo aún más fantasmal enflaqueciendo su cuerpo y agrandando, con unas amaratadas ojeras, el círculo de las cuencas vacías. Y era doloroso ver sus movimientos cansinos y su andar lento, con pasos de convaleciente, arrastrando las cadenas que pendían de su cintura y de sus muñecas. La luz que llevaba en lo alto y que le hacía semejarse a un faro, apagábase poco a poco, con chisporroteos, como una lamparilla falta de aceite. Y aquella agonía de la luz era como un triste presagio.

El fantasma, de seguir así, moriría pronto.

Y una noche, buscando su salvación, caminando hacia la alegría de que tan necesitado estaba, el fantasma enfermo marchó carretera adelante.

II

La carretera le condujo hasta una ciudad en fiesta, una ciudad llena de músicas, de gritos y de trajes coloridos. Y en ella penetró el fantasma sintiendo resurgir, a los pocos momentos, la salud perdida.

Recorrió las calles, contemplando los escaparates, deteniéndose al paso de las mujeres hermosas, admirándolo todo, extasiándose con todo.

La ciudad—tan contraria al solitario espectáculo del campo—se le ofrecía sonriente, encantadora.

El fantasma seguía arrastrando sus férreas cadenas por el empedrado de las calles, pero a cada paso sus movimientos se hacían más presurosos y las cadenas parecían pesar menos.

Impulsado por la alegría que se iba adentrando en él, bailó, en el centro de una plaza, una danza absurda y vertiginosa cuyo final fué aplaudido por la muchedumbre.

Aquel éxito le satisfizo tanto que, para recompensarse, penetró en un

bar y pidió al camarero una bebida alcohólica.

En la mesa de enfrente había una señora con dos niños pequeños, seguramente sus hijos, y el fantasma sonrió dulcemente a uno de ellos. ¡Qué mono resultaba el pequeñín! Al fantasma le hubiera gustado, en aquel momento, tener un hijo. Pero el niño correspondió a la sonrisa con un llanto terrible, que obligó a la madre a sacarlo del bar no sin decir antes en voz bastante alta para que fuese oída por el fantasma:

—¡Un fantasma! ¡Es de un mal gusto que no debía estar permitido!

Los demás asistentes celebraron con risas lo ocurrido y aplaudieron al fantasma, que se creyó obligado a danzar de nuevo. Esta segunda danza obtuvo tanto éxito como la primera. Un señor, el que más se había reído con los giros y saltos de ella, le pagó al camarero la consumición hecha por el bailarín.

III

Salió del bar entre aclamaciones y aplausos y custodiado por las miradas de los transeúntes.

Y el fantasma, de improviso, se encontró en un amplio paseo lleno de gente y de carruajes. En él culminaba la algarabía, el alocamiento de la ciudad.

El fantasma, entre codazos y empujones, entre gritos y risas, dió varias vueltas, y disponíase ya a marchar cuando advirtió que alguien le llamaba:

—¡Eh!... ¡Fantasma!...

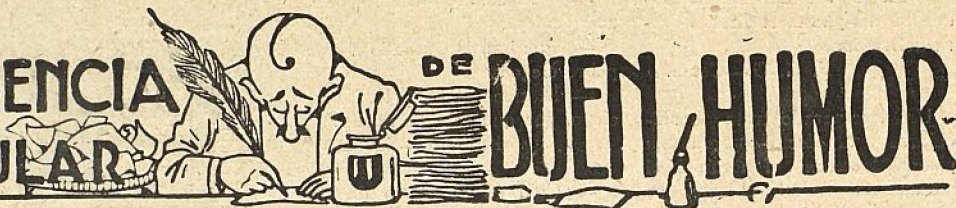
Vió a un señor bajo, grueso, vestido de negro, que venía tras de él, corriendo angustiosamente. El fantasma se detuvo y el señor grueso, cuando estuvo a su lado, le entregó unos billetes de banco y un papel enrollado.

—Y mi enhorabuena,—dijo mientras saludaba despidiéndose.

El fantasma, asombrado, guardó el dinero en un bolsillo y leyó el papel. Decía así: "Carnavales de Livia. Diploma. Excelentísimo Ayuntamiento. Primer premio de máscaras a pie por el disfraz de fantasma."

JOSE SANTUGINI

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



Puntilloso. Madrid.

El pasado no sirvió
y este no sirve tampoco.
Aquél, neuralgia me dió.
Pero éste me ha vuelto loco.

Se ve que adelanta usted en su carrera, y que si seguimos por el mismo camino, su tercer envío me va a obligar a abrir el balcón y a sepultarme en las profundidades del adquinado madrileño para acabar con tan espantosos sufrimientos.

D. N. A. Madrid.

He leído su poema....
¡Gran Dios, qué cosa más mema!

A. L. D. Cestona.—Al escribir usted inocentemente que Cestona está este año menos concurrida que el pasado, no podía usted pensar que con su artículo iba a remediar en parte esa falta de concurrentes. De modo que para allá le mandamos, protestando al mismo tiempo de que usted le haya hecho hacer este viaje de ida y vuelta, cuando allí ya estaba el articulo como el pez en el agua...

En el agua de Cestona, que es infalible para el hígado... o para la *asaíra*, que es lo que más grave tiene el articulejo en cuestión.

Tinoko. Madrid.—¿De manera que una mujer hermosa es una cosa para agarrarse?... ¡Hombre, eso también lo son las barras del los coches del Metro, los llamadores de las puertas, los pasamanos de las escaleras y las correas que penden de los techos de los tranvías!... No dudamos de que a veces las mujeres hermosas también se prestan a esos usos, pero, ¡vamos!, para una descripción de la belleza femenina no nos parece adecuada la frase... ¡Chulerías en las Cuarenta Fanegas, pero en las columnas de BUEN HUMOR se imponen por lo menos cuarenta céntimos de versallismo elegante! ¿No le parece, illustre y distinguido compañero?

C. P. R. Madrid.

¿Le desprecia a usted Torcuata?
¡Sí que es tener mala pata!

Por supuesto, ya se adivina, al leer las primeras líneas de su lamentación, la mala pata que usted tiene. ¡Bueno, y al llegar al final, está uno convencidísimo de que no se la curaría a usted ni Hipócrates redivivo! ¡Paciencia!

B. T. C. Coruña.—Todavía no hemos leído un soneto de un espontáneo que no nos haya dado dolor de barriga. ¿Qué tendrán los sonetos, Dios mío, para que su elaboración por manos juveniles produzca esos efectos tan terroríficos?... ¡Va a ser cosa de ver un soneto y echar a correr despavoridamente para no pararse hasta llegar a Calcuta!...

Atlante. Monforte.

¿Qué envío el del buen Atlante:
versos hechos en Montorte,
que no hay dios que los
[aguante
ni cristo que los soporte!...

¡Para morir se sencillamente,
y para ni después de muerto
poder descansar en paz!

H. I. P. Méjico.—Lejos está usted de la Redacción de BUEN HUMOR, pero más lejos está su artículo de publicarse, a pesar de habérnosle usted acercado con una amabilidad que no sabemos cómo agradecer.

Y ya que es usted tan amable, ¿tiene usted algún inconveniente en darle recuerdos de nuestra parte al general Calles? ¡Pues si no lo tiene, déselos, y reciba usted un millón de gracias anticipadas!

Tontolin. Granada.

Los cuentos de Tontolín
no nos han hecho tilín.

T. D. R. Barcelona.—De su crónica *El sombrero de paja*, hemos resuelto hacer dos partes

iguales... el sombrero para Cestona y la paja para usted...

Valmy. Madrid.—¡Usted tiene seguramente una misión oculta y terrible contra nosotros! ¡A usted le paga algún enemigo nuestro para que nos aniquile a fuerza de prosa vil! ¡Se busca nuestra muerte por asfixia y usted es el brazo ejecutor! ¡Es indudable! ¡¡Es un hecho!!... ¡Mañana presentaremos la oportuna denuncia por asesinato frustrado, porque hemos resuelto frustrarlo y para que usted se entere y para que se entere el infame que le paga!...

Moreno. Barcelona.—De dibujo están bien; pero los pies, en cambio, están tan mal que el callista más acreditado, se vería negro de Guinea para arreglarlos. En vista de eso, pasan al cesto... por su pie.

Roberto Abra Cadabra. Zaragoza.—Se aprovecharán algunos previo arreglo de los chistes, que vienen un poquito *deshabi-*

llés... En cuanto a la forma de pago, seguimos el procedimiento de abonarlos según tamaño y mérito. Pasa lo mismo que en la guerra: ¿batalla difícil y hazaña desaforada? ¡Cruz de San Fernando! ¿Tiros sueltos cuando el coronel dice *fuego*? ¡La de sufrimientos por la Patria, y gracias! ¿Está entendido?

H. M. Barcelona.—Procuraremos honrar levemente nuestras columnas con el portento pictórico que nos envía.

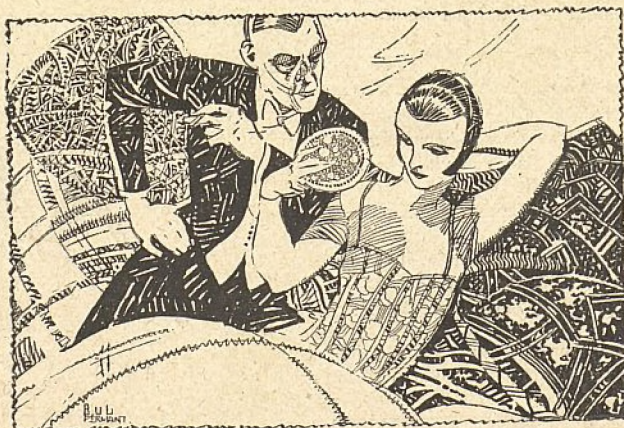
P. P. W. Indianópolis.—Si no tiene usted inconveniente en enviarnos la firma para ponerla al pie de su esdrujulez humorística, procederemos a su publicación, una vez llenado ese requisito indispensable.

Z. B. N. Madrid.

En el acto se le nota
que es usted bastante idiota.

A. T. N. Jaén.

Desde hace ya muchos días
no admitimos tonterías.



—¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

—Eso mismo me dijiste hace cinco años.

—Lo que te probará que no soy como esas mujeres que dicen hoy una cosa y mañana otra.

De London Mail.—Londres.

TECNICISMO TAURINO

Sí, señor, sí; no se me oculta que el tecnicismo empleado para tratar de toros ha sido ya objeto de muchas bromas, pero no por eso me voy a privar de referir un episodio de esa clase.

No hace mucho tiempo tuve ocasión de trabar amistad con Mr. Crossbank, un sabio que vino a Madrid para asistir a uno de esos congresos internacionales que sirven para ver una corrida de toros, visitar Toledo y El Escorial, dormir al arrullo de un discurso de ministro y discutir de paso algunos temas científicos, procurando no resolverlos y dejar el rabo por desollar para continuar la conversación un año más tarde en alguna otra ciudad deseosa de distraer a sus turistas.

Más que la ciencia, le interesaba a Mr. Crossbank verter a su idioma la reseña de una corrida de toros que había presenciado. Con el periódico en la mano y la mesa del cuarto del hotel llena de diccionarios, se afanaba el hombre en descifrar y traducir el relato de la fiesta que había presenciado.

—Yo soy queriendo saber el significado de estas palabras: "La plaza de bote en bote y con cada gachí que atortola."

Pasé grandes apuros para hacerle comprender la frase, porque, según el diccionario, los botes resultaban ser vasijas para guardar sustancias en conserva. Lo de las gachís que atortolan me fué más fácil aclararlo, gracias a la mímica cursiva que puse en juego.

—¡Ah, sí! Yo perfectamente entendido. Bellas mugueres de cuerpo abundante que provocan sueños fructificables. Ahora mí no entiende este párrafo: "El niño le saludó con unas verónicas, largando tela y abriendo el compás, un farol de pocas bujías y tres lances de frente por detrás."

Como el léxico no me bastara para aclarar todo eso, con la ayuda del pe-

riódico, a manera de capa, le enteré de ello, simulando las suertes del torreo con una aproximación suficiente para un extranjero.

Seguidamente me rogó le explicara este concepto: "Un puyazo en las propias péndolas, najándose el bicho al sentir la caricia." Le di a entender que las péndolas no eran lo que él se había figurado, sino que estaban en la parte más alta del morrillo; que "najarse" era marcharse, huir y que la "caricia", desgraciadamente, era una ironía.

También tuve que explicarle que, "un extraplano con la maquinaria al aire", significaba un caballo muy flaco con las tripas fuera y que "la Providencia al quite" quería decir que los toreros no habían estado oportunos en llevarse al toro del lugar del peligro.

Cuando llegamos a banderillas ya estaba yo sudando. "Metió de primeras un par en la cruz; aguantando mecha y saliendo como los ángeles. ¡Viva la tierra de María Santísima!"

Aquí me interrumpió para hacer un elogio de nuestros sentimientos religiosos, que se echaban de ver hasta en nuestras diversiones: la Providencia, los ángeles, la verónica, la cruz, María Santísima, etc.; pero lo más difícil para mí fué poner en buen castellano el párrafo que Mr. Crossbank

había escrito en inglés al traducir la suerte de matar. Decía el periódico:

"Desengañó al morucho con pases naturales y de pecho perfectamente ligados, dándole tripita y dejándose rozar el ombligo; y a la hora de la verdad se fué todo derecho detrás del estoque y, entrando por uvas como Dios manda, y recreándose en el viaje, se mojó los dedos en lo más alto, donde están los billetes de mil pesetas a cambio de un meneo por atracarse de toro. Dos orejas, rabo, prendas de vestir y conmoción cerebral en los escaños."

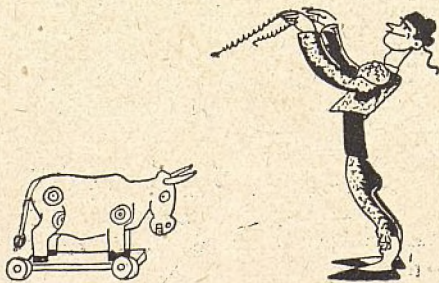
Lo que el sabio llevaba escrito en su idioma resultaba literalmente lo siguiente:

"Detuvo el error del moro con varios pasaportes de naturalidad y pectorales, con ligamento perfeccionado, entregándole la pequeña tripa y dejando que le tocara ligeramente el centro del vientre y cuando el reloj marcó lo verdadero, se fué rectamente detrás de la espada para coger uvas con arreglo al precepto cristiano, divirtiéndose por el camino y se humedeció las manos en la parte alta del Banco de España, donde están los billetes. Allí sufrió una indisposición por atracarse de toro, incluso las orejas y el rabo... etcétera."

Como yo me riera de la versión que había hecho y le explicara con palabras corrientes la significación de todo aquel párrafo, Mr. Crossbank me preguntó ingenuamente:

—Y, ¿por qué no lo dice el periódico con esas palabras?

—¡Toma!—respondí yo con cierta vanidad—, porque en este terreno de los toros nos pasa lo que a ustedes los sabios en materia científica: que hablamos para los que entienden. ¡En algo habíamos de ser primera potencia!



RAMIRO MERINO



Dib. CASTANY.—Barcelona.

—¿Le resulta difícil hacer mi retrato?

—¡Oh, no señora! Con usted es facilísimo. Me limito solamente a reproducir otra pintura.

UN DRAMA EN LA POLINESIA

No sé quién, si Diógenes, el famoso filósofo griego, que se pasó la existencia metido en un tonel, o Apolinar Socuélamos, el conocido fabricante de rayadores de pan de La Habana, que se pasó la vida en Cuba, es el autor de esta hermosísima frase: "La vida es un acordeón sin fuelle".

Con esta sentencia, digna del Supremo, que viene como anillo al dedo, como pendiente a la oreja o como ajorca al tobillo, quiero dar a entender a mis lectores que la mudanza de los destinos humanos es algo tan arcanoso e inconcuso como peripatético y cuneiforme. De no estar convencido de ello hubieran bastado a convencerme las espeluznantes y archipatidifusantes aventuras de que fui protagonista en el cogollo del archipiélago polinésico, y que, con la fidelidad de un perro policía, me propongo referirles a ustedes.

En aquella ocasión me había embarcado a bordo del pesquero "La Palmatoria", en el puerto del Guadarrama y navegábamos hacia Australia, donde, según un telegrama que acababa de recibir el capitán, había aparecido una nube de langostinos.

Llevaríamos escasamente dos meses de navegación, cuando, por si el navegar en un barco tan malo no fuera bastante tormento, nos sorprendió una tormenta. El buque comenzó a bailar sobre las aguas y poco después una ráfaga de aire se llevaba la única vela que tenía "La Palmatoria". Y me parece inútil advertirles a ustedes que nos fuimos a pique de una manera definitiva.

Caí al agua, pero, por fortuna mía, pude montar a lomos de un pez que casualmente pasaba por el lugar de la catástrofe y con quien había hecho amistad en el estanque del Retiro, y que, tras unos días de navegación, me dejó en una isla que supuse desierta.

Habité en ella durante bastante tiempo, gozando de gran tranquilidad y entreteniéndome en pasear por las selvas, que hallábanse pobladas de

kanguros y de cardos. En uno de estos paseos fué cuando descubrí la presencia de salvajes, con lo que mi tranquilidad sufrió un rudo golpe. Hice, sin embargo, como que no los veía, ya que supuse serían antropófagos, y ellos, por su parte, o no me vieron o hicieron también como que no me veían.

Casi no recordaba la presencia de los salvajes, cuando una mañana se presentó la tribu entera a la puerta de la cabaña en que habitaba. A decir verdad, sus modales eran mucho más delicados de lo que yo esperaba. Con palabras sumamente corteses me hicieron ver el motivo que les guiaba a visitarme.

—Venimos —dijeron— a pedirle un favor. La tribu atraviesa en estos momentos una situación difícilísima... De no ser así nunca nos habríamos atrevido... Pero el hambre ha hecho su aparición en la isla... Los niños y los enfermos mueren de inanición...

—Bien; pero no comprendo en qué puedo serles útil—dije.

—Muy sencillo—me respondieron—. Hemos decidido hacer una suscripción para alimentar a los indigentes y contamos con usted. Vea los que ya se han inscrito; es una lista verdaderamente conmovedora. Hay quien ha donado sus brazos y sus piernas. Usted tiene unos fuertes brazos... ¿Para qué quiere los dos...? Con uno le basta; le rogamos, pues, el que nos dé el otro. Se lo cortaremos en un momento, de un hachazo, y gracias a ese rasgo de desprendimiento esta noche cenarán algunas familias. Haga una obra de caridad y denos su brazo... ¡Se lo pedimos para los pobres!

Y al decir esto, uno de ellos enarboló un hacha gigantesca.

No esperé más para salir huyendo bosque adentro. Pero la tribu, como un solo hombre, se lanzó en mi persecución, vomitando insultos espantosos. Fué una persecución más que horrible. Y cuando ya veía próximo mi fin y pensaba en rendirme o suicidarme,

me, divisé, pastando en el bosque, una enorme pareja de kanguros. No lo pensé más, y, después de volver la cabeza para mirar si era observado, me abalancé sobre la kangura y, sin que ella pudiera evitarlo, me zambullí dentro de la bolsa abdominal en que acostumbran llevar sus hijuelos, y en la que caí como una carta en un buzón.

De este modo burlé la persecución de los indígenas.

Siempre en la bolsa de la kangura recorrí la isla de cabo a rabo y en ella hubiera permanecido no los tres meses que estuve, sino toda mi vida, a no ser por un desagradable incidente que me obligó a abandonarla.

Una mañana en que paseábamos por el bosque nos topamos con los salvajes y como yo llevase la cabeza fuera, no tardaron en reconocermé. Prorrumpieron en aullidos espantosos e inmediatamente se precipitaron en pos de nosotros. Intentamos huir, pero al llegar a un recodo nos rodearon y apuntándonos con sus armas intimaron a la kangura:

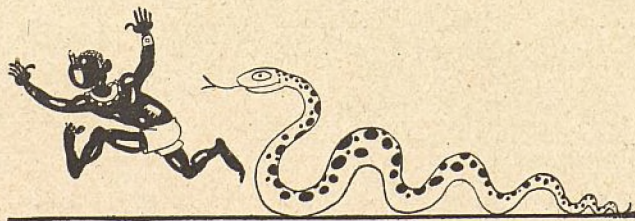
—¡Alto! La bolsa o la vida...

El animal quedóse pensativo un rato. Al fin y al cabo habíamos convivido juntos y me había cobrado cierto afecto; pero el instinto de conservación pudo más que el de la amistad.

Me extrajeron de la bolsa del animalito y a continuación me cortaron los brazos y las piernas. Inmediatamente las echaron en una cacerola de aluminio, juntamente con unas cabezas de ajo, y por si todo aquello fuera poco, hicieron con sus cuchillos unas heridas en mis carnes, dentro de las cuales introdujeron unas rodajas de limón. En seguida encendieron un hermoso y alegre fuego.

Aquí acaban mis recuerdos, porque al llegar a este punto me desmayé. Es un desmayo que he lamentado siempre, porque empezaba entonces a extenderse por el ambiente un olor gratísimo y como para chuparse los dedos.

MANUEL LAZARO



PESADILLA ICONOCLASTA

El humorista está fastidiado... Ayuno de inspiración, vacuo de fantasía, horro de pensamientos, limpio de dinero, falto de iniciativas, se marea delante de las cuartillas y no acierta ni a estampar en ellas las mentecateces consuetudinarias que las almas bondadosas le rien un día sí y seis meses no... En busca de asunto para el perjeño del artículo de turno, tiende la vista por el panorama universal... Nada de lo que pasa tiene gracia... En la zarabanda que bailan los nombres de Poñcaré, Trotsky, Mussolini, Coolidge, la Checa, *EL DOLAR*, el franco, Locarno, el pelo a lo *garçonne* y la ley seca, no se atisba la cabriola de la alegría ni el batimán de la satisfacción. El mundo ya no es romántico, ni bizarro, ni luchador, ni siquiera salvaje; pero, ¡ay!, tampoco es gracioso... No hay bilis, pero no hay sal... No hay lucha de clases, pero no hay excesos satíricos... Las aristocracias no sienten concupiscencias, ni los socialismos hambres, pero aquéllas y éstos pelean, no para elevar las ideologías sino para hacer magníficas las digestiones... El horizonte mundial sólo es un inmenso estómago que pide un *menú* imposible...

El humorista se mecachisza en diez...

Y ante las cuartillas vírgenes (y mártires) se queda absolutamente *roque*.

Ronca un poquito.

Pero, ¡caramba!, el humorista tiene un espíritu superior (basta que él lo diga) y acaba soñando y todo.

¿Qué sueña?

¿Les interesa a ustedes lo que sueña?...

Pues vamos a ver qué pasa...

* * *

El humorista se encuentra, como todos los bellos durmientes, fuera del mundo...

El planeta íntegro se le aparece como un globo de los almacenes *Madrid-París*, tal vez un poco más grande pero muy poco, de un tamaño que, dado lo que hoy vale y pesa, debía ser el natural... Juraría que sobre el globo terráqueo, como sobre los globos que en aquellos almacenes

se regalan a los chicos, hay unos letreros igualmente comerciales... El humorista se percata plenamente de que está en el éter y de que la Tierra se le presenta como un campo de experimentación, pero no ve nada. Es todo tan minúsculo, tan átomo, tan microbio, que lamenta no tener a mano el microscopio (¿se vería algo con él...?)

Pero, gracias a los manes, surge del

sueño la fantasía y aparecen dos personajes, también fuera del mundo y con mucho mejor derecho que el humorista para estar en esa envidiable situación... ¿Quién son?... El humorista cree conocerlos...

¿Don Quijote y Sancho Panza?...

Si hablasen...

Desde luego cabalgan en un jaco despreciable y en un asno lanudo y famélico... Galopan sobre las nubes



Dib. BILBAO.—Madrid.

—¡Chica, estás de primera!
—Pues mamá cree que estoy de novena.

con más jactancia que el propio Pegaso... Los jinetes acaban por detenerse, frenando los trotones...

Hablan... El humorista aguza el oído para convencerse de si son en efecto Sancho y Don Quijote...

Y sí lo son...

Comienza el coloquio.

* * *

DON QUIJOTE.—(*Extendiendo el brazo con reposado ademán y señalando al mundo, es decir a la desarrollada patata que flota ante ellos.*)—Hétenos aquí, Sancho amigo, teniendo delante el mundo... Por dicha nuestra, fuera de él nos hallamos... ¡Que ser hoy del mundo equivale a estar de huésped en una casa de orates mal avenidos!...

SANCHO.—Mejor que casa dijera yo jaula... Pero como, si dijera jaula, no sé si dijera bien, no digo nada y ya he dicho bastante...

DON QUIJOTE.—Ayúdame a descabalar, que las razones que yo pienso decirte, más a mí gusto te las diré descabalgado.

SANCHO.—Y creo yo que también más al gusto de Rocinante..., con lo

cual ganará vuesa merced y ganaremos todos..., y al decir todos, digo Rocinante, Rucio y mi persona..., y pongo mi persona la última por ser lo que manda la cortesía...

DON QUIJOTE.—(*Mohíno y regañón.*)—Lo que la cortesía manda es que me descabalgues y pongas freno a la lengua, que al buen callar llaman Sancho..., aunque pienso yo que los que llamáronle Sancho no te conocieron a tí...

SANCHO.—Tampoco conocen a vuesa merced los que en el mundo se llaman *Quijotes*, que son los que guerrearon en la contienda europea con la monserga de un ideal de libertad, y los que ahora en la paz no tienen más que dos ideales: los unos, cobrar; y no pagar, los otros...

DON QUIJOTE.—¡¡Aquéllos que guerrearon, esos que no cobran, y esotros que no pagan, hartos pudieran agradecer que, no Quijotes, sino Sanchos les llamasen!...

SANCHO.—¿Y por qué, señor, no podían llamarles otra cosa que no fuera yo? ¡Pecador de mí, que siempre pago culpas que no tengo!...



Dib. DOLFOS.—Madrid.

—Pero ¿es que ha instalado usted su despacho en el café, don Bruno?

—Sí, señor. Aquí es donde ventilo mis asuntos.

DON QUIJOTE.—Porque no son locos a la manera que yo lo he sido... ¿Recuerdas nuestra aventura de los molinos de viento? ¿Recuerdas que, tomándoles por gigantes desaforados, les atacé con denuedo?... ¡Pues eso es lo que hogaño hizo el mundo que desató la guerra y que ahora no sabe vivir en paz: lanzarse contra otros molinos de viento! ¡Pero no les atacó porque creyese que fueran gigantes..., les atacó sabiendo que eran molinos!...

SANCHO.—Y tal locura, señor amo, que pensar en ella me hace los sesos requeson, ¿por qué pudo pasar?... ¿Qué traza se ha dado el hombre para dejar el mundo tan desarreglado? ¿Es que, por mala ventura, el planeta está hoy formado por ínsulas Baratarias, por regidores como yo, que me venía muy holgado el mandato, y por doctores Recios de Tirteafuera como aquél que recetaba con una varita y diciendo, no lo que había de hacer, sino lo que había que no hacer, que así acierta todo el mundo con el remedio de los males?

DON QUIJOTE.—¡Ah, Sancho amigo, razón tienes, aunque razonar no sabes! ¡El mundo está desarreglado, pero desarreglarlo es la misión del hombre! ¡Dios lo hizo en seis días, sabiendo que el hombre tentaría a deshacerlo; pero como el hombre no es Dios, la tarea de desarreglarlo es de largos años, de dilatados siglos! ¡Pero el hombre se saldrá con su empeño! ¡El hombre, sí, que es un bellaco que se figura servir a Dios llevándole la contraria..., el hombre, que primero inventó la torre de Babel; que después convirtió en idiomas los graznidos de las aves de rapiña, el bostezo de los tigres, los aullidos de los canes y hasta el rezongar de los puercos, que, sin que entre tanta vil onomatopeya supiera imitar el trino del ruiseñor y el rumor del agua cristalina; y que, como fin y remate de sus osadías, se entretuvo en hacer en la Tierra unas rayitas que se llaman *fronteras*!... Y ahora, ese hombre no tiene en el mundo más que un pedazo pequeño de suelo en que es tal hombre, porque saliendo de él no es más que un extranjero!

SANCHO.—Y eso de extranjero, ¿qué quiere decir?

DON QUIJOTE.—Tal como si se dijera que te hallas de visita en una casa

que no es la tuya y de la que puede arrojarte el amo si así le place...

SANCHO.—¿De modo que si mi Rucio pasa una de esas rayas, también está de visita y es extranjero?...

DON QUIJOTE.—¡Tu Rucio, no! ¡Tu Rucio es tan burro en España, como en Francia, como en China! ¡Los animales en eso son de más buena condición! ¡Y si se mienta la tierra en que nacieron, es para enaltecerlos!... ¿No has oído tú en España decir con encomio: *vacas holandesas, caballos árabes, perros ingleses*?... ¿Y no has oído también decir con lástima: *un pobre periodista español se ha muerto de hambre en Londres*..., porque no sabiendo inglés ya no era allí periodista, es decir ya no era nadie?...

SANCHO.—Cierto es... Pero si así es el mundo, reniego de tener forma de hombre y pláceme vivir fuera del planeta...

DON QUIJOTE.—¡Sí, buen Sancho; poque vivimos fuera del planeta, ni somos de nadie enemigos ni por nadie motejados de extranjeros! ¡Mis hazañas vivirán siempre porque fueron nobles y caballerescas, porque al acorrer al desvalido no pensé nunca en la cuenta que podría ponerle por mis servicios ni en que mis doblones valieran más que sus maravedises!... ¡Y basta ya! ¡Cabalgemos de nuevo!... En este punto cierro mi boca, porque veo que se me vienen a los labios palabras que están mejor dentro del meollo...

SANCHO.—Pues no las diga vuesa merced, que ya héme enterado de que en el mundo hay agora una linda cosa que se llama neutralidad.

DON QUIJOTE.—¿Y eso qué es?

SANCHO.—Pues eso es que cuando se quieren matar dos hombres que son amigos de vuesa merced, vuesa merced debe dejarles que se empeñen en la refriega y, acabada ésta, llorar por el que muera y seguir siendo amigo del que quede sano y campante.

DON QUIJOTE.—¡Tal no haría yo; que del amigo que mata a un amigo no es ley de Dios ser amigo...; pero bien veo que yo no haría tal porque soy un loco, y que tú no me aconsejarías que lo hiciera porque eres un necio!... (*Cortando en seco el coloquio.*) ¡Amigo Rocinante, camina!

SANCHO.—(*Al Rucio, llevándole del ronzal.*) ¡Anda, Rucio, que desde que sé que tú no eres extranjero, téngote más respeto!... ¡Agora quisiera yo ser

más animal que tú, y honrado me vería!... ¡¡Arre!!...

Don Quijote y Sancho desaparecen, como en los sueños envueltos en una nube...

Pero la pesadilla del humorista se hace más terrible...

El planeta, aunque sigue flotando en el vacío como un globo, se agranda un poco y permite ver lo que en él se agita y vive...

Rocinante surge en la plaza de toros de Carabanchel, montado por un picador... Un toro le destripa bonitamente... La gente aplaude al toro...

Rucio sale en un teatro haciendo un papel de burro en una zarzuela... Los carteles citan los nombres oscuros de todos los artistas que interpretan la obra y omiten el suyo eminente e histórico, quizás por envidia... ¡Sí, por envidia!...

Don Quijote se enfrasca leyendo la última novela de un autor contemporáneo, grosero y sensual, y afirma

rotundamente que ese es un verdadero libro de caballería...

Vuelve a achicarse el planeta, torna a ser el globo juguete de los almacenes *Madrid-París*.

Y llega el final de la pesadilla.

Un futbolista catalán, buscando el goal del triunfo, atiza una patada a la Tierra y la hace cisco... La catástrofe se anuncia con estrépito de apocalipsis... La esfera terrestre, despedazándose con volcánica furia, proyecta en todas direcciones sus restos... Y como de un muñeco al que se le sale el pelote, al hacerse polvo el planeta sólo lanza al vacío montones de piezas rotas de automóvil y astillas de instrumentos de *jazz-band*.

Era lo único que tenía dentro...

El humorista despierta... Le despiertan...

—¡Señorito, el *cock-tail*..., el pyjama..., la manicura!...

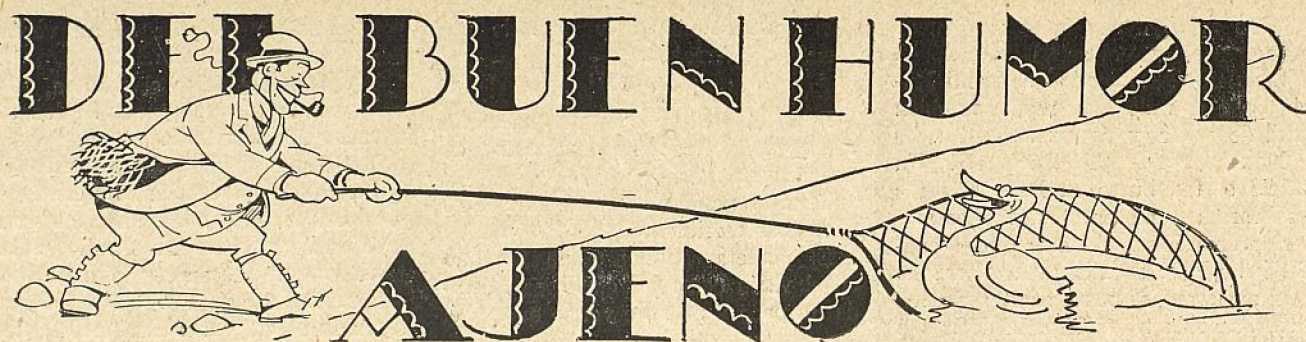
—¡¡Qué lástima!...

SOTERO L. PEON



Dib. RIBERA.—Madrid.

Una carabina disparada.



MAS CUENTOS JUDIOS, por RAYMOND GEIGER

Moisés está en la más espantosa miseria, y cansado de pedir y salear a los amigos, se decide a dirigirse directamente a Dios, rogándole su ayuda. En efecto, escribe una larga carta en que cuenta sus infinitas penas, y acaba diciendo: "Dios de mis padres, envíame cien rublos y seré un hombre dichoso". Después, sin sello y sin cerrar ocha su carta al buzón.

Al día siguiente los empleados de Correos ven una carta sin franquear que va dirigida a Dios. La leen y compadecidos de tanta miseria, hacen entre ellos una colecta, logrando reunir cincuenta rublos que también por correo envían al pobre Moisés.

Dos días más tarde los empleados, viendo una nueva misiva con igual dirección, la abren y leen: "Querido Dios de mis padres: He recibido y te doy las gracias por el dinero que me has enviado. La vez próxima no me mandes nada por correo, porque todos los empleados son unos ladrones. ¡Figúrate que en lugar de los cien rublos sólo he recibido cincuenta!"

Abraham, el célebre anticuario, se queja de la justicia:

—¡Pobres ladronzuelos! —dice— A esos se les mete en la cárcel y en cambio a los grandes comerciantes todo el mundo les saluda diciendo:

—Muy buenos días, señor Abraham.

En una reunión un antisemita cuenta haber leído en varias memorias de viajes, el que en ciertas partes de América son completamente desconocidos los judíos y los cerdos.

Lévy, que le ha estado oyendo, le contesta:

—Vámonos a América, querido señor... ¡Qué éxito tendríamos!

Mayer está en Polonia a causa de

sus negocios y desde allí escribe a su mujer: "Primeramente te participo que me encuentro bien. Haga Dios que tú te encuentres lo mismo. Segundamente te ruego me envíes tus zapatos. Te preguntaré por qué te pido tus zapatos y no los míos; pero es el caso que si yo te dijera "envíame mis zapatos" tú leerías "mis zapatos" y pensarías que los que pido eran los tuyos y no los míos. Por lo tanto escribo "tus zapatos" y leerás "tus zapatos" y comprenderás que pienso en mis zapatos y no en los tuyos. Así, pues, te ruego, encarecidamente, me envíes tus zapatos".

El famoso predero Salomón se convierte al catolicismo en el lecho de muerte.

El sacerdote, al mismo tiempo que encomienda su alma, pone en sus manos un crucifijo de plata.

Y Salomón, en su agonía, sopesándolo, dice:

—Dioscientos francos; no puedo dar un céntimo más.

Un cura se encuentra en un parque público a tres niños de corta edad y les dice:

—He aquí cincuenta céntimos para que compre bombones aquel de vosotros que mejor conteste a una pregunta que voy a hacerlos. Vamos a ver: ¿qué es lo que más amáis en este mundo?

—Mi madre, señor—contesta uno.

—Muy bien... ¿Y tú?

—Mi padre, señor—contesta otro.

—También está bien... ¿Y tú?

—Yo, señor abate, a quien quiero más es a Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ah, muy bien, muy bien; mejor que ninguno! Toma los cincuenta céntimos; te los has merecido. Y, ¿cómo te llamas?

—Abraham Kahán, señor abate.

El viejo rabino Mardoqueo está en el cielo. Desgraciadamente no cesa de disputar con todo el mundo. Hace preguntas a Abraham, a Moisés y a Dios mismo.

Un día dice al Señor:

—Díme, Señor, ¿qué son para Ti mil años?

—Para mí, un minuto.

—¿Y un millón de libras esterlinas?

—Un céntimo.

—Entonces, Señor, regálame un céntimo.

—Bien; espérate un minuto.

El banquero Salomón necesita un empleado y llega a un acuerdo con Lévy, que se ha presentado a pretenderlo.

—Bien; entendido, Lévy, puesto que vuestros informes son buenos os tomo como director; pero..., ¿qué sueldo desea?

—Os diré, señor Salomón: si tengo la Caja mil francos y si no tengo la Caja dos mil francos.

R. C. R.



CANAS

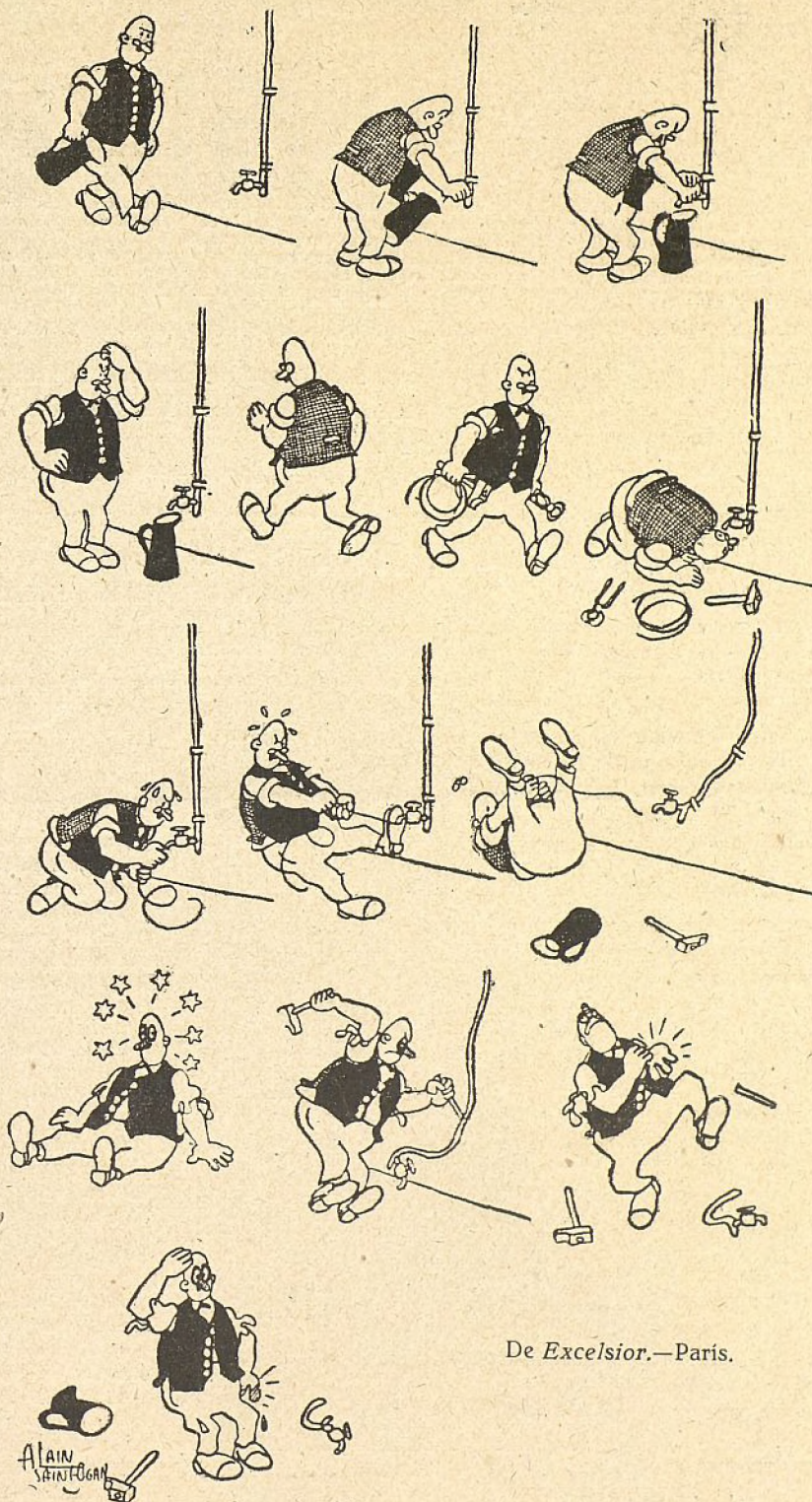


INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia "LA CARMELA" no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro. Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.



EL GRIFO QUE NO FUNCIONA



De Excelsior.—París.

—¡Ahora que caigo; si cerré ayer el contador!



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los premiados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

—Oiga, ¿quiere usted jugar con nosotros a las "siete y media"?

—Me es imposible; a esa hora tengo que hacer un recado urgente.

Santiago Santacreu.—Madrid.

El colmo de un domador:

Domesticar a la Osa Mayor.

Antonio López García.
Huelva.

—Cuando mi papá trabaja, sus clientes se quedan con la boca abierta.

El concurso de chistes correspondiente al número anterior, ha sido declarado desierto.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿Qué clase de robo no tiene cuenta a los ladrones?

—El robar cajas de cerillas, porque ya advierte el refrán que lo robado no luce....

Filadelfo.—Santander.

Examen de Historia:

—Hábleme algo del reinado de Carlos I.

—Lo único que sé es que hizo el quinto en Alemania.

Zeguelet.—Ceuta.

—¿En qué se parece la bahía de Alhucemas a un objeto de oro?

—En que tiene Quilates...
Chimito.—Cartagena.

—¿Y en qué trabaja tu papá?

—Es dentista.

R. P. Viñas.

Dos amigos meten a sus dos perros en una habitación y apuestan a cuál de los dos va a ganar en la pelea.

Después de diez minutos, abren la puerta para ver quién ha vencido y se encuentran sólo con los dos rabos...

Pedro García Jalón. La Coruña.

En la tienda:

La menegilda.—A ver qué clases de especias tiene, señor Miguel.

El tendero.—Pues tengo una pimienta que pica horrores, un anís en grano que es una gloria, un clavo pistonudo, y esto que te enseño, que es canela.

Ramíaci Torbe.—Benasque.

En un bar:

Un parroquiano borracho.
—¿Cuánto vale el café, servido en las mesas de la puerta?

El mozo.—Treinta céntimos.

El curda.—¿Y aquí, en el mostrador?

El mozo.—Aquí de pie, veinte.

El curda.—Pues deme un café de a diez céntimos, porque me lo voy a tomar en cucullas.

Luis Vilches.—Sevilla.

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Entre niños:

—¿Sabes que ya anda solo mi hermanito?

—¿Y cuánto hace que está andando?

—Tres meses.

—¿Pues ya estará lejos!

N. R.—Vitoria.

En el portal de una casa céntrica de Madrid, se lee el siguiente rótulo:

"Para leche de burra, diríjanse a la portera."

Masto.—Madrid.

Diferencia entre un borracho y una estatua:

Que la estatua no tiene sesos, y el borracho no se-sos-tiene.

R. Tuñón.—Oviedo.

Entre amigos:

—¿Te has enterado de que entre unos cuantos hemos puesto un círculo en las afueras?



—¿Me permite usted que me siente al otro lado?

—¿Por qué?

—Soy zurdo.

De The Passing Show.—Londres.

—Sí. Y me extraña mucho que hayais puesto el círculo fuera del radio.

F. G. G.—Ceuta.

Un desesperado trata de suicidarse y al efecto compra una pistola *browning*. Ignorando el mecanismo de tal chisme, se acerca al primer transeunte que pasa y le dice:

—¡Caballero! ¿Tiene usted la bondad de pegarse un tiro con

Si quieres purgar al nene elige el "Pruni", un jarabe de ciruelas. Le conviene y verás qué bien le sabe.

esta pistola para que yo aprenda a manejarla?

Fernando Villanueva Santo. Melilla

—¿Cuál es el colmo de un hombre forzado?

—Doblar una esquina. Manuel Soler Maza.—Madrid.

—¿En qué se parece una lavandera a un día de lluvia?

—En que primero moja y después aclara.

García.—Madrid.

Si tu boca se inflama, amigo [Juan, no existe otro remedio, desde luego, que usar Licor del Polo con [afán. En toda boca el Polo apaga el [fuego (aunque sea la boca de un volcán.)

El colmo de dos hermanos varones que hacen el viaje de Madrid a Cádiz:

Verse obligados a pasar por Dos Hermanas.

(El que no entienda el chiste, lea la Guía de Ferrocarriles.)

José M.^a Zapata.—Tablada.

—¡Guardia, guardia!—gritaba un hombre en la vía pública.

—¿Qué ocurre?—dice éste, acercándose.

—¡Que han atropellado a este pobre ciego!

—¡El tiene la culpa!... Si es ciego, por qué sale de noche?

Katinka.—Sevilla.

—¿Cuál es el colmo de un mudo?

—Decir un secreto a voces. Paulino C. Jiménez.

—¿Por qué sale BUEN HUMOR los domingos?

—Pues porque es festivo. Antonio Molina Ambite. Madrid

—¿Cuál es la capital de nación que al mismo tiempo es establecimiento de bebidas?

—La de Suiza, porque allí está-Berna.

F. R. J. L.—Tetuán.

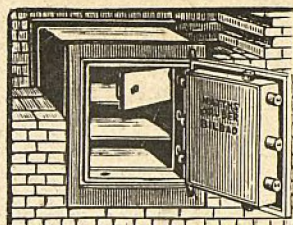
HERNIAS
Bragueroscientíficamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agustín Figuera 8

Entre cazadores:

—¿Qué oso es el que te parece más temible?

—El enamorado.

Gundisalvuz.—Valladolid.



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios modicos.

Pedid catálogo á €

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

Entre novios:

—Oye, Paco, ¿quieres que juguemos un décimo de lotería, a ver si toca para poder casarnos?

—No, hija. El matrimonio no se hace jugando.

Piedad Otaola.

Entre andaluces:

—Yo no sé por qué los antiguos guerreros eran tan sanguinarios. Por ná lo ahorcaban a uno.

—¡Pero hombre, es fácil de

CUPON

correspondiente al núm. 247 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

comprender! ¡Porque tenían el arma-dura!

Juan Balbás.—Barcelona.

—¿Qué persona es la que más sirve de mofa a la humanidad?

—El médico, porque en cuanto le vemos sacamos la lengua.

Peter Alonso.—Madrid.

Un andaluz pregunta a una diva italiana que actúa en el teatro San Fernando, de Sevilla.

—¿Y adónde va usted cuando termine aquí su contrato?

—A Paríma.

—¿De Mallorca?

J. M. Conde.

El padre sorprende al maestro de piano propinando un beso a su hija.

—¿Qué es esto, señor profesor? ¿Acaso le pago a usted para esto?

—No, señor, esto lo hago gratis.

Mohamed Ben Kaddur.—Melilla

HOMBRES MODERNOS ¡DESECHAD PERFUMES AFEMINADOS



AGUA COLONIA-EXTRACTO
LOCION-RHUM QUINA-FIJAPELO

Para Caballero

EL HOMBRE DEBE OLER COMO A HOMBRE

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSEILO, 402 BARCELONA

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos insecticidas de Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-
ción de toda clase de insectos

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Dib. CASTANY

—¡Está usted de enhorabuena! ¡Con el tiempo que hace la caza será espléndida!

—Oh, para mí siempre lo es. ¡Salgo siempre a cazar con cinco duros en el bolsillo!